

B I B L I O G R A F I A

LIBROS Y FOLLETOS

VAZQUEZ DE PARGA, LUIS, LACARRA, JOSE MARIA, y URÍA RIU, JUAN: *Las peregrinaciones a Santiago de Compostela*. Madrid, 1948-1949. Tres tomos de 592, 596 y 260 páginas, respectivamente.

Digamos ante todo que esta obra merece el alto galardón que le ha sido otorgado: el Premio Francisco Franco 1945, de Letras, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, por su mérito, su copiosa información y los datos valiosísimos que contiene, que, si no hacen exhaustivo un tema sobre el cual aun cabe escribir, lo adelantan de tal modo, que este gran acontecimiento de la historia medieval, no sólo de España sino de Europa, queda valorado con extensión y minuciosidad hasta ahora no conseguidas por todos los estudios parciales españoles y extranjeros.

En una nota preliminar, los autores advierten que la obra fué redactada sujetándose al esquema impuesto por las bases de un concurso convocado por el Instituto de España y que, premiado después en esta forma por el C. S. de I. C., no han modificado ese esquema en forma sustancial.

La introducción consta de dos capítulos sobre la peregrinación y el culto a las reliquias en la antigüedad pagana y cristiana y el descubrimiento del Sepulcro de Santiago, y las primeras noticias sobre su culto. La parte primera trata del desarrollo de la peregrinación, y de los peregrinos, desde antes del siglo x hasta que el protestantismo motivó la decadencia de la peregrinación.

La parte segunda se refiere a la organización de la peregrinación, con un estudio del *Liber Sancti Jacobi* y sus textos referentes a la leyenda de Santiago, itinerarios, relatos de viajeros y cofradías. Hasta aquí el texto es exclusivamente del Sr. Vázquez de Parga. El Sr. Lacarra estudia la protección jurídica del peregrino, y el Sr. Uría la hospitalidad y el hospedaje del peregrino y la peregrinación desde el punto de vista médico.

La parte tercera versa sobre las consecuencias sociales y culturales de la peregrinación. El Sr. Lacarra habla de la repoblación de las ciudades en el camino de la peregrinación y su trascendencia social, cultural y económica, con datos muy curiosos sobre Jaca, ciudad importante en la ruta, y la parte navarra, tan conocida por el autor. Vázquez de Parga habla de las peregrinaciones y la literatura, de la peregrinación y el arte. Uría estudia las canciones de los peregrinos.

El tomo II se debe casi por entero a la diligencia investigadora del Sr. Lacarra, comenzando por el estudio de los caminos de Compostela, tanto en la parte francesa como en la española. Con extensión habla del paso por Navarra, y un capítulo, el XVIII, nos interesa particularmente por tratar del paso de los puertos de Aspe hasta Puente la Reina, por Jaca. La parte castellana, desde Sahagún hasta Santiago, la ha redactado el Sr. Uría.

El tomo III es apéndice de documentos y textos referentes a la peregrinación. El volumen termina con la bibliografía sobre la materia e índices de láminas (monumentos, retablos [recoge el Santiago de la tabla de uno de los retablos del siglo xv de la iglesia del monasterio de Siresa, en nuestra provincia], esculturas, miniaturas, etc., fotografías del paso del Somport, lo que resta del hospital de Santa Cristina, en Somport, «una de las glorias del mundo», el alto valle del Aragón desde la peña de Oroel, y Berdún, en esta provincia), índices alfabético y general de materias, que facilitan el manejo y consulta de la extensa obra.

Se trata, en suma, de una producción trabajada a conciencia, con amorosa delectación, que destaca entre la producción científica española de los últimos años por su valor incuestionable. A esto se añade la presentación cuidada, verdaderamente lujosa.—
Ricardo del Arco.

ARCO, RICARDO DEL: *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto «Jerónimo Zurita», 1950. 1.023 págs. en dos tomos.

La investigación de la historia literaria ha sido siempre tema predilecto de Ricardo del Arco, cultivado en múltiples ocasiones con amorosa delectación, pero sobre todo los estudios acerca de la erudición en el siglo xvii han merecido su constante atención. Ya en diversos trabajos publicados entre los años 1911 a 1915, el fecundo historiador dió a conocer numerosas noticias inéditas sobre eruditos aragoneses y en 1934 le fué premiada por la Junta del Cuerpo Facultativo de Archivos, Bibliotecas y Museos su obra *La erudición aragonesa en el siglo XVII en torno a Luslanosa*. Ahora, editada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, ha publicado una obra monumental de vastas proporciones: *La erudición española en el siglo XVII*.

El autor estudia la figura señera de Juan Francisco Andrés de Uztarroz, el gran erudito, literato e historiador aragonés, aportando abundantísima documentación inédita, sobre todo, la copiosa correspondencia sostenida por aquél. El orden expositivo adoptado es el cronológico por años, según la modalidad de la historiografía aragonesa de los siglos xvi y xvii, método que tiene la ventaja de ofrecer un encadenamiento lógico, dando una visión clara de los hechos. No obstante la abrumadora documentación que la obra presenta y su rigor científico, su lectura resulta agradable, gracias a la agilidad estilística del autor y a la amenidad a que de suyo convida el género epistolar.

Juan Francisco Andrés de Uztarroz es una de las figuras más características del movimiento erudito del siglo xvii, el siglo barroco, pródigo en disputas escolásticas, exuberante de producciones literarias, pleno de afanes científicos. La historia de la literatura española en esta centuria cuenta con estimables estudios, algunos excelentes, sobre la prosa y la poesía, la historia y la política, pero no se ha escrito todavía la historia de la erudición y de sus figuras representativas. La presente obra de Ricardo del Arco ha venido a llenar esta laguna, dándonos una visión exacta del movimiento erudito español en torno a la figura de Juan Francisco Andrés de Uztarroz, que no solamente fué el eje alrededor del cual giraron los eruditos aragoneses de la primera mitad del siglo xvii, sino que mantuvo relación con los ingenios españoles más selectos de la época. A través de la copiosa correspondencia del polifacético cronista aragonés se puede apreciar el volumen y valía del movimiento erudito de España. Las doctas cartas, llenas de una crítica aguda y juiciosa, de Rodrigo Caro, el maravilloso autor de la elegía a las ruinas de Itálica, las misivas peregrinas del inquieto y travieso Pellicer y Tovar, a quien los portugueses llamaban Pelliczar y Thomar, las interesantes del des-

graciado cronista Tamayo de Vargas, las del gran Nicolás Antonio preñadas de sabiduría, las de González Dávila, Gómez Bravo y tantos otros ingenios españoles que desparramaban sus doctos afanes en múltiples disciplinas, toda esa correspondencia erudita, henchida de datos y notas, nos da el cuadro pintoresco y animado de aquella culta sociedad del siglo barroco, inquieta y curiosa, movida por afanes científicos y anhelos culturales. Y en medio de ese mundo docto y brillante, la figura de Juan Francisco Andrés de Uztarroz se dibuja con trazos vigorosos, como un magnífico ejemplo del erudito de su época, con su bagaje humanista, su talento crítico, su amor al pasado y su noble estilo de poeta y creador.

Las noticias que acerca de Aragón nos ofrece la correspondencia de Uztarroz son naturalmente abundantísimas; sin exageración, puede decirse que muy pocos acontecimientos de importancia cultural quedaron sin mencionar en ella. La vida de las academias literarias, la publicación de libros aragoneses, todo el movimiento científico regional encuentra eco y resonancia en las cartas eruditas de Uztarroz. Literatos y poetas que hablan de sus obras, historiadores que buscan con avidez documentos y manuscritos, arqueólogos que se interesan por los hallazgos de antigüedades, hasta navegantes audaces que fechan sus cartas en puertos ultramarinos, aparecen en constante comunicación con el gran cronista aragonés. Muchas de estas cartas interesan al Altoaragón y a Huesca, pues Uztarroz sintió predilección por esta ciudad y a la defensa de sus controvertidas glorias dedicó buena parte de sus tenaces esfuerzos. Su *Defensa de la Patria del invencible Martyr San Lorenzo*, el *Monumento de los Santos Mártires Justo y Pastor*, su *Vida de San Orencio* y muchas de sus composiciones literarias están inspiradas en motivos oscenses y él mismo se movió siempre dentro del círculo lastanosino de Huesca. No es extraño, pues, que sus cartas estén llenas de interesantes noticias sobre la vida cultural de la ciudad y sobre sus antigüedades, archivos y monumentos. A veces nos encontramos con preciosos datos sobre manuscritos hoy perdidos, sobre pinturas desaparecidas o sobre monumentos que no han llegado hasta nosotros.

Toda esta abundante documentación está ampliamente comentada con justeza y acierto indiscutibles. Estos comentarios constituyen, en realidad, el nervio de la obra; no hay personaje que no quede identificado, no hay expresión que no se aclare, ni referencia que no se explique; de esta forma el estudioso puede sacar el fruto necesario del copioso acervo documental, gracias al tenaz esfuerzo del autor, a su asombrosa erudición y a su amplia cultura. La obra finaliza con un sustancioso capítulo dedicado a estudiar diversos aspectos de Uztarroz, valorando adecuadamente la importancia de sus trabajos, siete de los cuales, inéditos, se publican en apéndice, dando como colofón un copioso índice onomástico. Como habrá podido apreciar el lector, la obra de Ricardo del Arco, que abarca múltiples aspectos, es de relevante interés, constituyendo un verdadero microcosmos de la sociedad intelectual de aquella época; obra, en verdad, magnífica, monumento perenne levantado a la erudición del siglo xvii por un erudito de nuestros días, infatigable investigador de la historia de nuestra cultura.—*F. Balaguer.*

LÉVI-PROVENÇAL, E.: *La España musulmana hasta la caída del Califato de Córdoba (711-1031 de J.C.)*, traducción e introducción por Emilio García Gómez.—Madrid, 1950. Un volumen de 523 págs. Tomo IV de la *Historia de España*, dirigida por Ramón Menéndez Pidal.

Entre las obras históricas sobre la España musulmana, recientemente aparecidas, merece ser destacada la traducción por el eminente arabista y académico de la Española, D. Emilio García Gómez, del primer volumen de la *Historia de la España musulmana*, del profesor de la Sorbona E. Lévi-Provençal, cuyo tema es el período de tres

siglos que se extiende desde la conquista musulmana de la península ibérica hasta la caída de la dinastía omeya, comenzado a escribir en 1940 y acabado en 1942.

La *Historia de los musulmanes de España*, del holandés Reinhardt Dozy (1861), a pesar de su mérito, hoy constituye una obra envejecida, abundante en diálogos, anécdotas y citas poéticas. De entonces acá, la documentación sobre el Islam andaluz se ha visto acrecida, si no renovada del todo, por muchos felices descubrimientos. En la sabrosa y atildada introducción que ha escrito el profesor García Gómez, valora las aportaciones españolas a esta labor, desde los días ya seculares de Gayangos y Lafuente Alcántara, diputando a Dozy emperador de los arabistas de Europa; hace justicia a Codera, vivo aún en buena parte de su obra, y, sobre todo, por la escuela científica que llegó a formar, por los materiales que allegó y por la clarividencia con que supo entrever tierras que alumbró, aunque apenas pudo hallarlas. La jefatura corresponde hoy al francés Lévi-Provençal, verdadero sucesor de Dozy, que va llevando a cabo los proyectos soñados por Codera. En esta obra ha logrado superar la del holandés, acumulando textos y observaciones inéditas, corrigiendo errores antiguos y planteando cuestiones nuevas, todo con plan perfecto y un estilo sobrio, pero con prestancia y decoro literarios. La historia de la primera época de la España musulmana tiene desde ahora una nueva base que habrá de ser duradera. Declara García Gómez que entre los arabistas españoles faltan hoy historiadores de profesión; ello, y el valor del hispanista francés motivaron la inclusión de la misma en el tomo IV de la monumental *Historia de España* que dirige nuestro sabio Menéndez Pidal, garantía de probidad, eficiencia y decoro en la ardua labor que se ha impuesto de dar una historia de nuestra patria, que por muchos lustros será definitiva.

La introducción del gran arabista García Gómez está llena de enjundia, bellamente escrita, y contiene un estudio acabado de la civilización omeya cordobesa.

La obra va ilustrada con mapas y fotografías, y está presentada con toda pulcritud como los anteriores tomos de esta gran Historia.—*R. del Arco*.

GASCÓN DE GOTOR, A.: *Aventurero genial, soldado, navegante, descubridor, publicista*.—Zaragoza, 1950. 137 págs.

Este *aventurero genial*, aunque la portada de la obra inexplicablemente no lo indica, es el almirante Pedro Porter y Casanate. El autor ha acopiado noticias acerca de esta figura aragonesa del siglo xvii, algunas inéditas, como la partida de bautismo del biografiado, que señala el 30 de abril de 1611, y otras brevísimas del Archivo de Indias. Pero lo sustancial de la obra—relación de servicios de Porter, memoriales, carta a Uztarroz con la notable relación de la exploración del Golfo de California, méritos, su obra *Reparo a errores de la navegación española*, noticias en *Panegyrico sepulcral*, del citado Uztarroz a la memoria de su amigo Tamayo de Vargas, etc.—había sido publicado antes por el que esto escribe en un estudio de 62 páginas en cuarto intitulado *El Almirante Pedro Porter y Casanate, explorador del Golfo de California* («Rev. de Indias» 1947, p. 783-844). El autor de la obra que comento no puede alegar ignorancia de este trabajo anterior mío, por cuanto la prensa de Zaragoza del día 9 de marzo de 1950 publicó la siguiente nota:

«La figura del Almirante Pedro Porter fué estudiada por Ricardo del Arco.—Con motivo de la disertación que sobre la personalidad del genial aventurero zaragozano Pedro Porter y Casanate hizo en la Real Academia de Nobles y Bellas Artes don Anselmo Gascón de Gotor, creemos oportuno recordar la biografía del mismo interesante personaje publicada por don Ricardo del Arco en la «Revista de Indias» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, correspondiente al último trimestre de 1947. Está basada

en documentación inédita, relato de la expedición, cartas, hoja de servicios de Porter, etc. Hay, pues, otro publicista aragonés que se ha ocupado del Almirante Pedro Porter y Casanate con la amplitud y documentación que tan importante figura aragonesa merece».—Al dar a la luz su libro el Sr. Gascón de Gotor silencia mis aportaciones anteriores, dando como inédito y fruto de su investigación personal cuanto yo había publicado en el estudio referido. La probidad científica tiene sus fueros.—*R. del Arco.*

Escuela Profesional de Comercio de Zaragoza. Colegio de Titulares Mercantiles. *Ciclo de Conferencias de carácter económico.-Curso de 1949-1950.* Zaragoza, 1950. 118 páginas.

Comprende este ciclo de conferencias las de Félix Correa, Emilio de Figueroa, Joaquín Vidosa, Adolfo Usón y Carlos Albiñana. Nos interesa especialmente la primera, intitulada *La cátedra de Economía y Comercio de la Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País durante el siglo XVIII*, por don Félix Correa, director de la Escuela de Comercio de Zaragoza. Después de señalar el ambiente intelectual de España en el siglo XVIII, trata de la creación de la Escuela de Economía y Comercio de la Real Sociedad Económica Aragonesa, la primera en España, inaugurada el día 24 de octubre de 1784 con un discurso del doctor Lorenzo Normante sobre la utilidad de los conocimientos económico-políticos y la necesidad de su estudio metódico. Analiza la fructífera labor de aquél. Aporta interesantes documentos sobre la polémica entre el beato Diego José de Cádiz y el citado Normante en el choque entre las nuevas ideas y las tradicionales. Es un buen trabajo sobre el fisiócrata Normante, que habrá de tenerse en cuenta para el estudio del movimiento cultural y científico en la segunda mitad del siglo XVII.—*Ricardo del Arco.*

PERICOT, LUIS: *El arte rupestre español.* Barcelona, Argos, S. A., 1950.

Este volumen, pulcramente presentado, forma parte de la colección «Esto es España», interesante biblioteca gráfica de la vida, arte y costumbres de nuestro país. El insigne catedrático de la Universidad de Barcelona, Luis Pericot, autoridad de prestigio universal en la ciencia prehistórica, nos ofrece con él una estimable visión sintética, rigurosamente científica, del arte rupestre de nuestro Paleolítico superior y Epipaleolítico. La obra viene a desarrollar ciertos aspectos concretos de dicha temática, lógicamente presentes en su reciente libro *La España primitiva* (Barcelona, Editorial Barna, 1950), insuperado manual, sin el menor resabio de libro texto, de Prehistoria española.

Es sabido que este arte, el primero de la Historia humana, tan próximo a la mentalidad moderna, nos permite acercarnos al alma de los españoles de hace 15.000 años mucho mejor que el estudio de sus agujas de coser, sus puntas o sus azagayas. Pese a la evidente aridez—en muchos pormenores—del panorama prehistórico, es incuestionable que este primer acto de verdadera civilización, surgido precisamente en Occidente y entre un pueblo no muy distinto del nuestro, encierra un maravilloso encanto.

Después de trazar en la «Introducción» un breve y vigoroso croquis de la España de hace 30.000 años, el Dr. Pericot dedica el primer capítulo al arte rupestre de estilo cantábrico, que en el último cuarto del pasado siglo despertó, con el descubrimiento de las pinturas de la cueva de Altamira, los primeros asombros y una historia de acres resistencias sobre su autenticidad hasta el *Mea culpa d'un sceptique* de Cartailhac. Estudia sus características, los diversos conjuntos cantábricos, los alejados grupos meridionales,

y fija la cronología de dicho arte, impropia y denominado francocantábrico, según el esquema de H. Breuil; completa el relato con un análisis del arte mueble de la misma época y obra de las mismas gentes.

Objeto del segundo capítulo es el arte levantino, nueva modalidad del arte primitivo, descubierto poco después del reconocimiento por los científicos europeos de la autenticidad de Altamira y extendido por las sierras de formación secundaria que por el Este de la Península van desde el Sur de las provincias de Lérida y Tarragona hasta el Norte de la de Almería, con alguna posible infiltración hacia el Oeste. El autor enumera previamente las estaciones y describe las escenas principales de este arte, cuyas manifestaciones se hallan en abrigos al aire libre; al estudiar su significado, no deja de aceptar un mayor intelectualismo en su concepción y composición respecto del arte nórdico, pero le atribuye una finalidad primordialmente mágica, no exenta, desde luego, del placer estético. Varias páginas están dedicadas a su cronología, problema que ha suscitado abundantes y hasta enojosas discusiones. No falta, en fin, una alusión a las probables relaciones del arte levantino con el arte rupestre africano.

En el tercero y último capítulo estudia el autor el arte esquemático, nacido, cuando ya se había extinguido el arte altamirense, de la degeneración del arte que seguían cultivando los grupos de cazadores de las sierras mediterráneas. Primer arte conceptual, abstracto casi, de la Humanidad, a medio camino de la escritura ideográfica, que acaba por representar a la mujer como un simple triángulo, el arte esquemático se derrama por toda la Península. Luis Pericot lo considera como continuación del arte de las montañas hispánicas, quizá renovado por alguna influencia exterior, de posible origen egipcio. Cronológicamente sitúa su comienzo en los últimos tiempos epipaleolíticos, próximos al Neolítico, y su final alrededor del año 2.000 antes de nuestra era.

Ilustran el libro 26 grabados en negro y 8 láminas en color. Fuerza es notar en estas láminas cierta negligencia tipográfica: abundan en ella los tonos verdes o azulados, que no se prestan nunca en tales pinturas, como advierte en el texto el autor (p. 12). Hay también algunos leves errores en los epígrafes de las ilustraciones.—*Miguel Dolç.*

ESTELRICH, JUAN: *Las profecías se cumplen*. Barcelona, Montaner y Simón. 320 páginas.

Ningún libro tan actual y más consubstancial con la entraña de nuestro tiempo que el publicado por Juan Estelrich con el título que encabeza esta reseña. Obra de una pieza, frondosa de ideas, sugerente, de una amena profundidad, inconfundible para el paladar del buen catador.

Ante nosotros desfila un cosmos que abarca el Renacimiento, la literatura, los rusos, el existencialismo, Israel. Un mundo visto a través de los profetas del siglo—Kierkegaard, Dostoyevski, André Gide, Spengler, Keyserling, los Huxley, Gandhi—e interpretado con sorprendente originalidad por la aguda mente de un auténtico hombre de letras e ideas, que al tiempo que se apoya en lo clásico se tensa y dispara hacia los objetivos más vitales y apasionantes de nuestro futuro.

No se vea ditirambo en esta presentación, sino afán de poner a Juan Estelrich al alcance de un más amplio círculo de lectores. Ya sé que nada le es más ajeno que el oropel popular. El mismo lo dice: escribir no es una profesión para brillar; es una exigencia del alma para comunicar a los demás las angustias y los goces propios, las dudas y las certidumbres. Por eso, porque sabe transmitir como pocos el latido de nuestro mundo, porque lo que dice está expresado con las normas de Grecia y Roma, pero con la audacia del que ha penetrado todas las zonas siderales del pensamiento, *Las profecías se cumplen* es inestimable regalo para el espíritu.

Juan Estelrich ha tenido la suerte inmensa de haber estado situado en los más interesantes y dramáticos escenarios del planeta. De ahí su visión polifacética que enlaza los contrastes de su lírica Mallorca natal con la convulsa Francia de la segunda Gran Guerra, el caos de Centro-Europa con la «Commedia dell'Arte» de Italia.

Ha visto mucho, ha filmado inteligentemente y ahora nos proyecta la película. Sus miles de lecturas y conversaciones, las elucubraciones y el teorema certero van esmalutando la obra. Hojéela el aficionado a letra impresa que, curioso, penetra en la librería. Lea por encima el sumario de cada capítulo. *Vous m'en donnerez des nouvelles...*, como dicen los franceses. Ya me dirán si han tropezado con muchas páginas como las dedicadas a Dostoyevski y al nacimiento del fenómeno ruso actual. Burla burlando, la cosa empieza en un estanque y en unos sellos de correo para concluir en la angustia formidable, en los abismos de uranio que el paisaje de la riente Europa de antaño ocultaba.

¿Cuántos habían dado importancia a las predicciones de Balmes y Donoso? Acercándonos más aún a nuestros años, ¿fueron muchos los que se imaginaron en los humillados y ofendidos de aquel pavoroso desfile del novelista impar—en los días de su lectura una pesadilla que transcurría remota—, a los millones de ofensores que hoy se agolpan ante las puertas de Occidente rumiando la total humillación de nuestro mundo?

¿Dónde está la salvación? Tanto el intelectual como el simple «dilettante» habrán ido elaborando su conclusión. En lo material, una hegemonía militar impuesta a todo precio, que las reservas de tanto país aún sano estimularán sin desmayo. Hegemonía ineludible y urgente—policía del mundo—que nos traiga orden y moralidad, es decir, progreso, como preludio de la tan necesaria *Pax Romana*. Y todo lo demás, si ganado, se nos dará por añadidura.—*Eduardo Vázquez.*

ESCUADERO ORTUÑO, ALBERTO: *Concepto de la melancolía en el siglo XVII*. Huesca, Imprenta Provincial, 1950. 102 págs.

Conocíamos al doctor Escudero y sabíamos ya de algunas de sus publicaciones psiquiátricas; por ello el libro que acaba de publicar no nos ha extrañado nada. Se trata de la tesis doctoral que había sido premiada anteriormente por el tribunal examinador con la calificación máxima. Esta publicación le acredita ante el público de alta categoría científico-literaria, ya conseguida ante los medios psiquiátricos por su producción médica y por los trabajos clínicos en la dirección del manicomio de Huesca.

No se pueden regatear elogios a la elección del tema, pero quizás extrañe el que en lugar de estudiar la sintomatología de una alteración mental o nerviosa, tal como se manifestara a la investigación personal, ha escogido la vía de la proyección histórica de una enfermedad catalogada en la nosografía de Kraepelin como la psicosis maniaco-depresiva. Con razón dice el autor que la medicina evoluciona sin solución de continuidad. Sus conceptos, aun los más fundamentados, hay que proyectarlos en el pasado sin dejar de pensar en el futuro. De ahí que no sea labor baladí, ni mucho menos, el detenerse en una etapa histórica a estudiar una determinada enfermedad. No cabe duda que toda situación presente implica otra pasada, como algo real que está posibilitando nuestra propia situación; de donde, el ocuparse de un tema en su aspecto histórico es el movimiento a que se ve sometida la inteligencia cuando intenta ponerse en marcha desde su última raíz. Precisamente la medicina está necesitada de esta labor histórica. Un absolutismo demasiado ingenuo ha llevado a los médicos, muchas veces, a desasirse del pasado, como si el grado de evolución actual hubiese sido una puesta en marcha súbita realizada por ellos mismos, olvidando que representa una labor de des-

brozamiento y de preparación llevada a cabo por los que les precedieron. Afortunadamente en España la investigación médica empieza a orientarse en el sentido histórico, gracias al impulso de Laín Entralgo.

El doctor Escudero, advirtiendo lo que significa esta trabazón histórica de la ciencia, se ha lanzado a ella con la seguridad de un científico y el vuelo de un humanista; por lo que no sólo se detiene a estudiar el siglo xvii, sino que profundiza hasta los más remotos orígenes de la cuestión. Los primeros capítulos están dedicados precisamente a la evolución de la medicina en el aspecto psiquiátrico desde los tiempos remotos de Grecia. A grandes rasgos se describen los esfuerzos realizados por los médicos llenos de inquietudes científicas para sacar a la psiquiatría del atolladero en que se veía metida debido a la falsa interpretación extranatural que se dió siempre a los trastornos de conducta. El mismo nos explica los motivos por los que la psicopatología no progresó a la par que las otras ramas de la medicina. Pesaban sobre ella, dice, dificultades de interpretación fisiológica y se incluían las alteraciones mentales dentro del campo de lo sobrenatural o de lo diabólico. «Sobre todo en la Edad Media y comienzos de la Moderna la ingenuidad de las concepciones religiosas del vulgo rayaba muchas veces en lo absurdo y así tenemos que hasta en los escritos médicos era frecuente ver una mezcla de verdades cristianas, de verdades médicas y de creencias supersticiosas, descendientes más o menos directas de los viejos mitos»; por ello la acción de los médicos estaba suplantada por la de los magos, astrólogos y exorcistas. No obstante, no faltó el esfuerzo de algunos médicos por encauzar dentro de la delimitación de los cuadros clínicos las alteraciones psíquicas al modo de las otras enfermedades. Los nombres de Hipócrates, Areteo de Capadocia y Sorano de Efeso en la antigüedad sobresalen en esta labor. Para Hipócrates, concretamente, la Naturaleza será obra de los dioses, pero estima que tratar de obtener efectos naturales ofreciendo sacrificios a aquéllos, no es devoción sino impiedad, porque equivale a pretender que los dioses anulen su gran obra: La Naturaleza. Sólo el estudio de la Naturaleza capacita al hombre para la creación de su técnica médica.

Después de varias vicisitudes, que el doctor Escudero estudia con riqueza de datos, se llega al Renacimiento, en donde la nota escéptica propia de la época se extiende también a la medicina y se traduce en la preparación de los materiales con los que se ha de levantar la moderna psiquiatría de líneas definidas sobre las principales sintomatologías clínicas.

La primera concepción de la melancolía arranca de la creencia en el predominio de la bilis negra: *melas* (negro) *chole* (bilis). Hay desde antiguo una interpretación humoral de esta enfermedad con radio de acción en el cerebro. Como dirá Areteo de Capadocia, *Melancholia est mentis alienatio citra febrem*. Esta interpretación marca la pauta de los estudios médicos en el Renacimiento y servirá de introducción de los trabajos psiquiátricos en el siglo xvii.

Dos son los libros que comenta ampliamente en su obra el doctor Escudero: el opúsculo *Diagnostio et cura affectuum melancholicorum*, de Alfonso de Santa Cruz, y la obra del inglés Burton, *The Anatomy of Melancholy*.

El primero, volviendo a la fe griega, pasa por alto las ideas demonopáticas y se entrega de lleno a determinar el síndrome melancólico con arreglo a caracteres fisiopatológicos. Parte Santa Cruz de observaciones generalmente mal sistematizadas e incompletas y se mueve dentro del terreno de las localizaciones cerebrales. Llega a distinguir dos especies de melancolía y, siguiendo un criterio ecléctico, concluye con la definición de Areteo de Capadocia.

La obra de Burton es más bien la obra de un literato observador y enciclopedista que intenta aclarar con los hechos el misterio de la tristeza que continuamente le torturaba. En Burton, en oposición a Santa Cruz, la melancolía es la expresión fatalista

del destino humano. También opina que la atrabilis produce este morbo al atacar el cerebro, pero admite, además de la humoral, otra melancolía de origen espiritual. Hay en Burton una amalgama de lo fisiológico con lo diabólico y una clara concesión a las magias hechiceras, así como a las influencias siderales y del macrocosmos sobre el hombre.

Un epílogo breve resume con gran acierto el contenido de la obra.

La exposición es siempre gradual y certera. Con trazos firmes y estilo ameno y correcto se va desarrollando el tema, que, a pesar de tratarse con toda profundidad y sin abandonar en lo esencial la terminología propia del especialista, resulta siempre inteligible y provechosa. Se advierte en todo momento una gran facilidad expositiva y un espontáneo instinto metodológico para desarrollar y recapitular las cuestiones y hacerlas siempre interesantes. El libro deja una impresión de seriedad y de gran esfuerzo, al mismo tiempo que de verdadero mérito por la copiosidad de citas y crítica acertada.

Felicitemos sinceramente al doctor Escudero por su aportación al estudio de la medicina histórica y nos congratulamos también por este éxito respaldado por el tribunal del Doctorado.

La obra ofrece una esmerada presentación. La imprenta ha cuidado hasta los más mínimos detalles y debe elogiarse su gran acierto y esmero tipográfico. — *Emilio Martínez Torres.*

BALLESTER TORMO, I.: *La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en los años 1940 a 1948. Memoria.* Valencia, Diputación Provincial y C. S. de I. C., 1949.

Coincidiendo con la lectura de este libro, el nono y probablemente el último de la serie que venía publicándose desde 1928, nos llega la noticia del tránsito de su autor, I. Ballester Tormo, incansable director del Servicio de Investigación Prehistórica y Museo Provincial de Prehistoria del reino de Valencia. En estas publicaciones se han ido registrando toda la labor y todas las vicisitudes, prósperas y adversas, de dicho Servicio, hoy hondamente arraigado gracias a la ayuda y a la solicitud de la Diputación de Valencia, al que adeuda tantas contribuciones valiosísimas el conocimiento de la prehistoria del llamado Levante español.

El presente volumen recoge un período de fértil laboriosidad en los dominios de las excavaciones y exploraciones arqueológicas. Océpase antes el autor de las actividades internas del Servicio: Museo, Laboratorio, Biblioteca, Publicaciones. Sumamente interesante es la reseña de las excavaciones practicadas en múltiples estaciones, algunas de ellas tan importantes que ya figuran en los mismos manuales de Prehistoria. Especial atención se dedica a las cuevas de «Les Mallaetes» y de «La Pastora», a la «Ereta del Pedregal», a la «Atayuela», al «Bancal de la Corona» y al famoso cerro de San Miguel de Liria.

Subrayemos las atinadas «consideraciones» de Adolfo Rincón de Arellano y Joaquín Fenolosa acerca de los cráneos trepanados de «La Pastora», hallazgo desconocido hasta ahora en el reino de Valencia. Mención especial merece asimismo la continuación del corpus de inscripciones ibéricas en cerámicas de San Miguel de Liria, cuya relación alcanza la cifra de setenta y seis.

Ilustran esta memoria numerosos dibujos y croquis y una magnífica colección de láminas. — *Miguel Dolç.*

SALAS MERLÉ, JAIME DE: *Son como rocas*. Zaragoza, Editorial «El Noticiero».

La naciente Biblioteca del Instituto de Estudios Oscenses se ha visto recientemente acrecentada con toda la producción literaria del ya consagrado y delicado escritor Jaime de Salas, quien generosamente la ha donado como cariñosa ofrenda a esta Institución.

Entre ella se encuentra esta bella novela de costumbres aragonesas, cuyas páginas están colmadas de las más vivas imágenes, animadas y realzadas por un estilo elegante y fluído, siempre al servicio de los valores morales más excelsos. Porque la Patria, la familia y la tradición que supieron prestar sus mejores acentos a la inspiración de muchos escritores, adquieren en la pluma selecta de Salas Merlé sus destellos más fúlgidos. Circunstancia muy natural, habida cuenta de su pasado literario en el que señorean, con luz propia, otros sazonados frutos de ingenio: *El frente de los suspiros*, obra de ambiente andaluz y brillantes metáforas, como el cielo y el sol de aquellas latitudes espléndidas, y una felicísima adaptación teatral, en colaboración con el malogrado Barón de Mora, de *Pequeñeces*, la novela inmortal del Padre Coloma.

Así, pues, no es de extrañar que páginas adentro de *Son como rocas* resalten, las buenas dotes de narrador experto y ameno novelista que plasma ágilmente figuras y episodios de una ficción tan sólo a medias—porque tiene apariencia de novela clave—, en magníficas pinceladas de un sano y vigoroso realismo. Que al retratar fielmente los valores raciales, aparentemente soterrados en el alma baturra, honran tanto al escritor que sabe captarlos como al terruño de donde afloran siguiendo el cauce antañón de nuestros solares hidalgos que, ciertamente, «son como rocas» en los áridos yerros del materialismo de nuestros días.

Mas, si de algo peca la novela de Jaime de Salas, es de un apasionado cariño a este Altoaragón de nuestros amores, asimismo vitalizado por las plumas de otros escritores, en su día laodados por público y crítica contemporáneos.— *Salvador María de Ayerbe*.

ARTICULOS DE REVISTA

MONTIEL, ISIDORO: *Manuscritos de la Biblioteca Pública Provincial de Huesca*. «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», tomo LV (1949), págs. 57-69.

Ocioso es encarecer la importancia que tiene la publicación de catálogos e inventarios de archivos y bibliotecas. Para el estudioso y para el investigador son indispensables herramientas de trabajo, ayudando, además, poderosamente a la conservación de los tesoros documentales. Por ello, es digna de elogio la labor que a este respecto realiza Isidoro Montiel, del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Reciente está todavía la aparición de su *Catálogo de Incunables de la Biblioteca Pública Provincial de Huesca*, reseñado ya en el primer número de esta revista. Ahora, Montiel, deseando continuar la labor de los bibliotecarios que le han precedido, trabaja en la preparación del *Catálogo de Manuscritos*, y como esperanzador anticipo ha publicado en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos» un artículo dedicado a actua-

lizar el tesoro documental de la Biblioteca Pública de Huesca, dando una lista de manuscritos conservados en la misma. La Sección de manuscritos no tiene la importancia que alcanza el fondo de incunables; con todo, existen algunos códices de los siglos XIII y XIV, procedentes de iglesias y monasterios oscenses, que no carecen de valor y, además, un interesante grupo de manuscritos de eruditos del siglo XVIII.

La lista no tiene carácter exhaustivo, pues el autor sólo se propone dar una idea del fondo de manuscritos, reservando para la próxima publicación del *Catálogo* la referencia circunstanciada de todos ellos. En total se describen 162 manuscritos, contenidos en 131 volúmenes. Entre los códices merecen ser destacados una *Regula fratrum minorum*, en vitela, del siglo XIV, con capitales iluminadas, y un *Speculum fratrum minorum*, ambos procedentes del Convento de San Francisco, una colección de sermones, de finales del XIII, la obra del Panormita sobre Alfonso V, del XV, etc. Curiosos e interesantes son también algunos manuscritos de eruditos del siglo XVIII, entre ellos los borradores del P. Huesca para su *Teatro Histórico* y las *Memorias literarias de Aragón*, de Latassa, obras utilizadas frecuentemente por los investigadores, sobre todo esta última.

Ilustran el trabajo de Isidoro Montiel cuatro láminas que reproducen algunos de los manuscritos reseñados. La descripción, aunque breve, es exacta y se ajusta a las exigencias de esta clase de publicaciones. De desear es la pronta aparición del *Catálogo de manuscritos de la Biblioteca de Huesca*, en el que hace tiempo viene trabajando Montiel, y que, sin duda alguna, ha de prestar un señalado servicio a la cultura y especialmente a los investigadores.—*F. Balaguer.*

ROMERA-NAVARRO, MARTIN: *Cuestiones gracianistas*. «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», tomo I (1950), págs. 359-372.

Gracián sigue estando de moda en España y en el extranjero. Atrae su vida y atrae aún más su producción, donde se descubren matices nuevos. La literatura gracianista aumenta de día en día. Yo la registré hasta 1946 al final del prólogo que puse a mi traducción y notas de la obra—ya clásica—de Adolfo Coster, *Baltasar Gracián*, publicada en 1947 por la Institución «Fernando el Católico» de la Diputación de Zaragoza (un vol. en 4.º de 376 págs. impreso en aquella capital).

Después, el ilustre gracianista Martín Romera-Navarro (que en 1938-1940 publicó la edición crítica comentada de *El Criticón*), ha dado a la luz un estudio del manuscrito de *El Héroe*, autógrafo en la Biblioteca Nacional; ensayo de análisis de autógrafos: ortografía, correcciones, estilo, todo sujeto a revisión detallada, pues, a juicio del autor, «curioso y grato será siempre sorprender en su estudio a un autor que admiramos, verle trabajar en la intimidad, puliendo y revisando su manuscrito».

El mismo publicista ha incluido en el tomo I de *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, una nota acerca de *Cuestiones gracianistas*. La primera se refiere a la amistad y el rompimiento entre Gracián y Salinas, canónigo de la catedral de Huesca, el que incluyó en *Agudeza y arte de Ingenio*, de Gracián, traducciones de epigramas de Marcial. El asunto era ya conocido por la obra de Coster, y se trata de un mero comentario de escasa novedad, aunque interesante. La segunda cuestión atañe al autor de *Critica de reflexión*, libelo contra Gracián, que, sin embargo, nos ha proporcionado datos estimables acerca del gran jesuita. También aquí Coster argumentó con tino, concluyendo que el autor del mismo fué el valenciano Lorenzo Matheu y Sanz. En su comentario, Romera-Navarro muestra cómo el seudónimo «Sancho Terzón y Muela», con que apareció el libelo es el anagrama cabal y perfecto de Lorenzo Matheu y Sanz, y todas las letras del anagrama corresponden al nombre y los apellidos, sin que huelgue más que una, la c. La tercera y última «cuestión» se reduce a analizar los juicios de Gracián sobre su rey

Felipe IV, y cómo desde 1646 no hay ninguna alabanza del monarca como gobernante, aunque haga estimación de su piedad religiosa. La mudanza de Gracián desde 1640, en que en *El Político* alabó a Felipe IV de «extremado en el gobierno», su frialdad nueva hacia el rey como gobernante es la misma que cree ver en Quevedo, en Saavedra Fajardo y en Calderón.—*R. del Arco*.

ABBAD RÍOS, FRANCISCO: *Seis retablos aragoneses de la época del Renacimiento*, «Archivo Español de Arte», núm. 89 (1950), págs. 53-71.

El autor describe los siguientes retablos: Iglesia parroquial de Tauste, obra documentada por Abizanda de Gil Morlanes, Gabriel Joly y Juan de Salas; Aniñón, cuyos grupos escultóricos atribuye a Joly, hacia 1521; de la Visitación en la iglesia de San Juan y San Pedro, de Zaragoza, del círculo de los seguidores de Gil Morlanes y Joly; de Santiago, en Sádaba, influido por Morlanes en la mazonería y por Joly en las esculturas; Ibdes, del mismo tipo, comenzado en 1555, policromado por Pedro Morán y Juan Catalán; y de la Virgen del Rosario, en El Frago, que atribuye a Juan de Ancheta.—*R. del Arco*.

ARCO, RICARDO DEL: *Los universitarios y la gente letrada vistos por Cervantes*. «Universidad», núm. 2 (Zaragoza, 1949).

Este sugestivo y enjundioso estudio del erudito Ricardo del Arco es, sin duda, un breve anticipo de uno de los capítulos de su obra laureada en certamen nacional sobre la sociedad española en Cervantes.

Diligentemente papeleteado hasta lo exhaustivo, armoniosamente dispuesto y comentado e ilustrado con su peculiar maestría, se lee de un tirón con provecho y con deleite: por él desfila todo lo que a letras se refiere en la sociedad de Cervantes y sus contemporáneos, desde el analfabetismo de Sancho hasta la sabiduría de los graduados por la universidad príncipe de Salamanca y la turba de médicos de Alcalá o Valladolid y los míseros graduados por Osuna o Sigüenza. La multitud de bachilleres y licenciados, las legiones de poetas y letrados, la picaresca estudiantil, los ingenios legos y los enfadosos latinizantes, todo ese mundo intelectual aparece unas veces con exaltación, otras con humor benévolo o sátira mordaz, a veces con misericordiosa tolerancia.

Y el bello conjunto, bien ordenado e ilustrado por Ricardo del Arco, nos encanta con la visión realísima que en mil fragmentos, ahora organizados, nos da el Príncipe de los ingenios españoles.—*José Artero*.

BATLLORI, MIGUEL: *La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús*. «Archivum Historicum Societatis Iesu», vol. XVIII, Roma, 1949, 84 págs.

Otro estudio sobre Gracián llega a mis manos remitido por su autor el P. Miguel Batllori, S. I., intitulado *La vida alternante de Baltasar Gracián en la Compañía de Jesús*, separata de la revista «Archivum Historicum Societatis Iesu». He aquí un magnífico trabajo que aporta noticias biográficas nuevas sobre el famoso aragonés. El autor declara que sus páginas no quieren ser ni una biografía nueva, ni una nueva interpretación de su persona y de su obra; pero sí pretenden orientar el estudio de su vida y de sus obras ofreciendo nuevos materiales que en parte destruyen y en parte confirman y

amplían los trabajos y ensayos de medio siglo de gracianismo mundial. Y a fe que lo consigue. En apéndice publica íntegramente 44 documentos de antiguos fondos de la Compañía de Jesús, que directa y personalmente se refieren a Gracián. Otros los utiliza en el cuerpo y en las notas de su estudio, todos del mayor interés. Publica también fotografías de escritos autógrafos de Gracián.

La nueva documentación que trae el P. Batllori da curiosas noticias acerca de la familia y los primeros estudios de Gracián. Su padre, el licenciado Francisco Gracián o Galacián, no era jurista, como supuso Coster, sino doctor médico, natural de Sariñena. Su madre, Angela Morales, sí era bilbilitana, aunque su linaje procedía de tierra de Soria. La única familia neta de Calatayud era la de su abuela materna Catalina Torrellas. Los dos abuelos paternos, Juan Gracián e Isabel Garcés, eran también de Sariñena, todos ellos «gente limpia y honrada, cristianos viejos».

El autor hace justicia a Coster reconociendo que la vitalidad de su citada biobibliografía de Gracián «quedaría probada con sólo la reciente traducción española de Ricardo del Arco, publicada por la Institución «Fernando el Católico», de Zaragoza; después de más de treinta años de amplio interés graciano, sobre todo en España, la obra del hispanista francés necesita sólo levísimas correcciones y añadiduras para sostenerse y reafirmarse». Utilizando fondos jesuíticos inexplorados del Archivo Histórico Nacional, de la Real Academia de la Historia y del Archivo General del reino de Valencia, sobre todo, el P. Batllori va trazando con la posible exactitud el movido itinerario de Gracián, utilizando especialmente los catálogos llamados trienales, llenos de datos complementarios sobre Gracián y sus superiores, maestros, compañeros y discípulos. Claro está que en este «cursus» de su vida Huesca ocupa un lugar preferente, y Aragón, por sus relaciones con su mecenas Lastanosa y sus amigos de Zaragoza, sobre todo Juan Francisco Andrés de Uztarroz, lo cual he señalado ampliamente en mi reciente obra *La erudición española en el siglo XVII y el cronista de Aragón Andrés de Uztarroz*, donde aporto datos nuevos sobre estas relaciones de Gracián y sus amigos y admiradores. El nervio del estudio del P. Batllori es el apartado final intitolado *La crisis de «El Crítico» o las indiscreciones del Discreto: 1651-1658*, encaminado a explorar y justificar la actitud de los superiores de Gracián en orden a la desobediencia de éste.

En suma, una excelente contribución al estudio de Gracián. Su benemérito autor advierte que la sección *Vida plausible: 1619-1635* es un resumen de su artículo *La preparación de Gracián escritor* para la revista «Razón y Fe», donde podrá verse la comprobación documental y bibliográfica, limitándose aquí a las citas de los documentos que van en el apéndice.—R. del Arco.

LACARRA, JOSÉ MARÍA: *Un arancel de aduanas del siglo XI*. «Actas del Primer Congreso, Internacional de Pireneístas» (Zaragoza, 1950).

En el reciente Congreso de Pireneístas, celebrado en San Sebastián, el destacado investigador José María Lacarra presentó una interesante comunicación sobre un curioso arancel del siglo XI.

Los aranceles de aduanas empiezan a ser relativamente abundantes en el siglo XIII, pero son muy escasos los pertenecientes al XI. En España tan sólo conocíamos el arancel de productos agrícolas incorporado al fuero de Villavicencio, de importancia local. El que da a conocer el profesor Lacarra procede del archivo de la catedral de Pamplona y fué dado por el rey Sancho Ramírez, refiriéndose a los portazgos pamplo-nés y jacetano; se trata, pues, de un típico arancel de aduanas. El documento no es original, sino copia del siglo XIII, pero indudablemente auténtico y de gran importancia para el estudio de la economía de la Edad Media.

El autor estudia con aguda perspicacia las partidas más notables del arancel. La mención de paños de Bruges, de Galabrun y de Camsil hace pensar en un activo comercio entre España y Flandes a finales del siglo XI, comercio que estaría relacionado con el camino de peregrinos a Santiago de Compostela. La extraordinaria pobreza de fuentes con que los historiadores flamencos tropiezan para precisar la época en que la industria textil de Flandes pasa de una economía puramente rural a una economía capitalista urbana, con vistas a los grandes mercados de exportación al extranjero, debe aclararse con estas alusiones a la presencia de sus productos en lugares muy distantes. Del Norte procederían también otras partidas señaladas en el arancel, sobre todo las armas, ya que los documentos de la época citan escudos y espadas francesas y no es posible imaginar que los musulmanes favorecieran el comercio de armas hacia los países cristianos. Otras mercancías de indudable origen oriental podrían venir a la Península por la ruta de Saint Gilles, pero es más probable que pasaran a Francia desde el Al-Andalus, donde eran ya conocidas de antiguo. Desde luego, no existe duda acerca de la procedencia de las piezas de oro mencionadas en el arancel, pues los «mancusos de auro de Scilla» serían probablemente dinares de los reinos de taifas españoles, que circularían por los reinos cristianos a consecuencia de las parias que los reyezuelos moros pagaban a los caudillos cristianos. Se explica ahora perfectamente la cuestión planteada por Marc Bloch sobre las mercancías que la Europa Central podía ofrecer a cambio del oro que llegaba de los países musulmanes del Sur. La contrapartida estaría constituida por tejidos y armas vendidos a los reinos cristianos que de esta forma dirigirían hacia Francia el buen oro que cobraban de las parias.

Lacarra estudia los puestos de percepción de tributos que existían en el corto trecho entre el paso de Somport y Jaca y se extiende en atinadas consideraciones sobre los tributos de lezda, teloneo, etc. El trabajo, escrito con claridad y método, es de subido interés, siendo de destacar la abundante bibliografía extranjera manejada por el autor.—*Federico Balaguer.*